

Rubén C. Navarro

Por Manuel LOPEZ PEREZ

—Quién es, ¡Oh Musa!, aquel que en el alba, hermana de la
 dad en cuyo seno nació El Ramayana, va despertando con su
 los juncos de la ribera lacustre adornada de lotos azules?
 —Es Valmiki, el poeta que canta la luz.
 —Dime, ¡Oh Amada Musa!, ¿quién anda por los bosques de
 la deteniendo la corriente de los ríos, encantando a los pá-
 y subyugando el instinto bravo de las fieras, al son de su
 "una concha de tortuga con cuerdas de plata"?
 —Ese que con el acento de su voz canora va entreabriendo las
 silvestres, es Orfeo.
 —Dime ahora, Numen de mi Patria, ¿quién es el que va por
 senderos sagrados del Zirate y congrega con su canto a los
 bríos de vuelo trémulo como el vibrar de una flecha india?
 —Ese es un discípulo del poverello de Asís. Es Fray Martín de
 que va lanzando al aire embalsamado las estrofas del Himno
 Sol. Es un poeta.
 —Ahora dime, tú, pueblo de México, tierra michoacana, ¿quién
 aquel hombre de ojos soñadores, de voz franciscana, de ale-
 perenne, que partiendo de su villorrio, caserío que envía sus
 res y sus niños a reflejar su belleza y su inocencia en el
 de Camécuaro, ha bautizado con la luz del alba sus cantos
 niles, e incansable en su viaje ha recorrido el solar de la Pa-
 y ha medido con sus pasos las tierras amadísimas de la Amé-
 Hispana?
 —Ese de que hablas es Rubén C. Navarro, el poeta de Tangan-
 ro. Ha salido a contraponer sus andanzas con las de Peer
 nt, el frustráneo personaje de Ibsen: irá por la vida regalando
 cantos, declamando sus palabras, prodigando a la existencia
 tributo de lágrimas diamantinas, hasta que un día, "a la luz
 un crepúsculo de gloria, se le vayan cerrando los ojos y se
 escape la lira de entre las manos".

o o o

Era yo un niño cuando llegó a mi pueblo. Y me maravillaba ver
 en los banquetes de etiqueta folklórica con que los políticos
 idea homenajaban a los diputados de aquellos días y a quie-
 Rubén acompañaba en ocasiones en que él mismo no era
 invitado, el poeta decía inimitablemente sus versos, como si no
 era un hombre, sino una fuente inagotable de música verbal
 que lucía sus prodigiosos iris la imaginación creadora de las
 res de Dios".

Una tarde, era yo estudiante en la Universidad Michoacana de
 Nicolás de Hidalgo, llegó un día el poeta al salón rojo del
 Seminario de San José, lugar en que Romero Flores congre-
 a la juventud universitaria para improvisar los programas
 las inolvidables "sabatinas". De las "Canciones del Villorrio",
 Torre de Marfil" —sus primeros libros en circulación—, to-
 material el sencillo lírico para ponernos en contacto con lo
 debe ser, con la vida tal como debió disfrutarse en el mundo
 nacido, antes de la caída del hombre; para llevarnos por ins-
 — ay, fugitivos, que por fugitivos angustiaban a Fausto al
 del ideal, mundo bello y remoto al cual se llega por las es-
 del entusiasmo por los "senderos ocultos" del ensueño. Pude
 darme cuenta de que Rubén arrastraba con el magnetis-
 de su arte, una cauda de amores, porque en amores se trans-
 aba por razón natural, el sentimiento de la mujer— y aquel
 toda una primavera femenina, botones y rosas se prodigaban
 eclosión de ofrenda— y en amistad se convierte en el hombre
 espuesta gentil a la dádiva generosa de compartir con el artista
 ruición de lo bello, en el misterio de las contemplaciones es-
 tas. Rubén C. Navarro ha sido el poeta más amado por el pue-
 Si en aquellos días se recitó "Tabernero", "Guarecita de mi
 ra", "Mi Novia Flor de Anís", muchos años después, —estos
 estamos viviendo— las barriadas escuchan la música de Ta-
 ra en "Arrullo", y las muchachas y las madres cantan al novio
 ardo o al hijo lindo: "Cierra esos ojos lindos que tienen sueño,
 —duérmete al arrullo de esta canción—, de esta canción que
 para que sueñes— en todas estas cosas que sueño yo..."

En León de los Aldamas apareció otro día Rubén C. Navarro.
 entonces pude ya dedicarle en "El Heraldo del Centro", de Abasco,
 un artículo de justa alabanza. Aparte de describir las pe-

culiaridades de un poeta, sirviéndome de una hermosa crónica
 de Emilio Carrere dedicada a pintar el alma de Villaspesa, en-
 frenté con Lugones la grosera impugnación del materialismo: un
 poeta es un parásito. No es socialmente útil. Lugones comparó a los
 poetas con los pájaros que orientan a los viajeros perdidos bajo
 el palio de las selvas americanas, y les daban fe en la posibilidad
 de vivir, porque el canto del ave, revela su propia vida y la cir-
 cunstancia salvadora y propicia de la fuente vecina. Yo evocé
 —al fin y al cabo el evangelio tal vez consideró a los poetas entre
 los "pájaros del cielo"— la audaz aventura de las naves colombi-
 nas que cambiaron la historia del mundo, y asimismo cambiaron su
 ruta influyendo en el destino de América al dejarse guiar por "un
 vuelo de pájaros" hermanado así con el genio de la ambición del
 nauta intrépido; recordé a aquel romántico poeta de Harlem que
 escribía sus versos en las cortezas de los árboles, usadas por la
 parte blanca interior, y las juntaba para guardar el tesoro de sus
 ternuras para la amada; circunstancia feliz este hacimiento
 que originó la reimpresión de escrituras que conocida por Guem-
 berg, vio en ella el mensaje de luz que le inspiró el invento inmor-
 tal de la Imprenta!

Gestos inútiles, llama Lecomte de Nouy a aquellos que engendra-
 ron el arte. La necesidad inspiró los útiles, los instrumentos de
 lucha y defensa, pero el día que el primitivo quiso grabar en su
 caverna el recuerdo del reno que escapó a su asedio, el día en
 que el hombre del bosque quiso llevar en la cacha de su cuchillo
 el trazo de buril que para nada servía satisfaciendo las exigencias
 de la vida ordinaria, ese día nació el arte. Y desde entonces ha
 influido sobre la historia, en la misma proporción que cualquiera
 otra causa. El juego desarrolla con cierto aspecto de inutilidad,
 el arte deleita sin pedir nada y sin agotarse, la caridad-Amor-
 salva, y el amante trastorna todos los cálculos de un economista,
 porque todo amante se convierte en dón, sin afán ni mínimo si-
 quiera, de adquisición, y sin el sentido de poseer lo externo, ni
 mucho menos el valor del mercado, sin el sentido de estimar va-
 lores semejantes ¿qué ley económica puede comprender esta ac-
 titud que llega a hacer del hombre un ser único y milagroso? Si
 gracias al desinterés del niño que juega, del artista que deleita,
 del caritativo que salva, es que el mundo todavía es digno de
 habitar, y basta para estimar el cuadro opuesto suprimir al niño,
 al artista, y al amante, declaremos, proclamemos el reino espiritual
 del infante, adoptemos la excelsa munificencia del poeta, acatemos
 los imperativos del amante. Seamos, en una palabra, como Jesús
 de Nazareth: amantes, niños y poetas.

o o o

Al saber que Rubén C. Navarro está internado en el Hospital
 Militar, Sala de Urología, la Generación 1926-31 a que pertenecemos
 como universitario michoacano, el viejo Ateneo Netzahualcóyotl
 en el que figuraron los poetas Agustín Arce Ch., Jesús Romero
 Flores, Cayetano Andrade, etc., hemos decidido llevar a cabo un
 acto Nacional de homenaje al poeta yacente ahora en el lecho
 que le propició el señor Presidente de la República. Queremos que
 se le dedique una HORA NACIONAL y estamos seguros de tener
 éxito en las gestiones que hacemos ante el C. Secretario de Go-
 bernación; queremos que la Secretaría de Educación Pública, en
 manos del casi paisano licenciado José Angel Ceniceros, escritor
 y poeta y jurista que ha honrado a México escribiendo sobre Mar-
 ti y sobre temas de su especialidad, le edite un libro al bardo de
 Tanganciaro; queremos que los escritores como Luis Garrido,
 catadores de las mieles del arte, le dediquen sus páginas de aliento
 y justicia; deseamos que el Gobierno de Michoacán decrete un
 día escolar con programas que informen a los niños de lo que es
 un poeta, quién es Rubén C. Navarro, y que les den a conocer los
 finos poemas del autor de "La Divina Locura"; queremos que las
 Organizaciones de Trabajadores Michoacanos, la Universidad de
 San Nicolás de Hidalgo, la Escuela Normal de Morelia, los Ayun-
 tamientos, y al frente de todos el joven gobernador Franco Ro-
 dríguez, hagan acopio de medallas, diplomas, galardones en general,
 para ofrecerlos al que llevó por todas las tierras de América, el
 nombre de México y la Patria chica, envuelto en el aroma de nues-
 tros bosques aztecas y tarascos y consiguió para nosotros el cariño
 de Gabriela Mistral, y de los selectos corazones que palpitan en
 esta América suriana "que reza a Jesucristo y habla en español".